

# Las vidas ejemplares

DON JUAN ALVAREZ

VENIMOS a hacer justicia a un gran mexicano, a una de las figuras más limpias de nuestra historia. Vivió bajo la dictadura sin que jamás se prestara a adularla y llegó el momento que su integridad y sus virtudes lo llevaron a ponerse al frente de esos oleajes arrolladores y purificantes que constituyen las revoluciones. Supo de triunfos, pero no llegó a embriagarse de mando; conoció la victoria, pero sin mancharse con la crueldad; tuvo poder y lo empleó para el bien, y así que no pudo hacer más beneficios, entregó el mando a los mejores, a los que él creyó que servirían con más eficacia a la patria.

¡Qué pocos mexicanos han respondido cuando la ocasión los llama irresistible de tentaciones: «yo no, porque hay otros más aptos»! Ejemplo tantas veces olvidado, él sólo bastaría para acreditarlo como un patriota auténtico, y para hacerlo digno de esta tumba, de gloria que hoy le dedica la República.

Digna de ti que te marchaste pobre, donde otros habían sacado tesoros; porque te volviste humilde y sólo, después de que miles de hombres obedecieron tu voz: digna de ti esta sencilla apoteosis, acaso tardía; pero por eso mismo sublime y pura.

Tu memoria retorna de la muerte y se hace presente a los hombres del día que procuran deshacer el caos de los sucesos, para representarnos la historia de nuestra patria como una

## Yo sé...

Yo sé que muchas veces te quedas pensando, [tiva, fijos tus ojos glaucos en profunda obsesión, y que aunque no aciertas a comprender, [esquiva, por el recuerdo herido llora tu corazón.

Te parece imposible que yo te amara un día [día porque fiel a un ensueño era tan serio yo, y en el fondo de mi alma brillaba todavía la llama candorosa que tu risa apagó.

Soy para ti un enigma, pues sabes que te [amaba, y el recuerdo te dice que en verdad estaba en tus manos febriles todo mi corazón.

No puedes engañarte. Y aunque seas altiva, yo sé que muchas veces te quedas pensativa, fijos tus ojos glaucos en profunda obsesión.

RAFAEL ESTRADA

Mayo, 1921.

sucesión de luminarias distantes en medio de las más densas sombras, y de la gran luminaria de la Reforma, tú fuiste la primera llama, y después parecía que tu gran corazón seguía emanando virtudes, porque tu desinterés se volvió colectivo y se hizo el rasgo común de los patriotas de tu tiempo. Desinterés y pasión generosa es la Reforma y tú apareces como el abuelo augusto de quienes otros aprendieron a ser grandes, y así como entonces conmovió su presencia, ahora también tocas al pecho de esta generación ardiente y confusa que ha luchado por la libertad, ha sufrido por la justicia y se debate en las ansias del progreso, que le permitirán conquistar por saltos un puesto avanzado en el ideal, un puesto avanzado siquiera en el pensamiento, ya que la negra realidad sigue postrada y se agita apenas, no obstante la gran sacudida de las almas.

Tu recuerdo nos conmueve, porque la nuestra es continuación de aquella gran sacudida social de la Reforma. Restablecer la libertad que se conquistara entonces, fue el anhelo primordial de la revolución de la última década, y si es cierto que actualmente preocupa el vasto problema riqueza, no por eso es desdeñable la acción de nuestros padres los liberales, acción profunda para la época, a tal punto, que bien confusos nos hallaríamos si uno de estos ilustres desaparecidos nos interrogaran diciendo: ¿dónde están las leyes contemporáneas que pueden compararse en trascendencia económica con las leyes de desamortización de don Benito Juárez?

Además, los problemas actuales todavía no los hemos resuelto, y en cambio los hombres de aquella época supieron resolver los suyos. He aquí por qué siempre tendremos que derivar de ellos la eterna enseñanza que formularon, por el hecho de llevar a término sus convicciones completas. Eso es lo que tienen de más grande los jefes de aquella generación: lo que pensaron, lo dijeron, y lo que dijeron lo hicieron. En su sinceridad hallaron su fuerza; abnegadamente consumaron su obra, y lo que fué para ellos sencilla expresión de la verdad de sus almas, se mira a distancia como una obra sublime.

Dichosos los que saben poner en ejecución su pensamiento entero: con solo esto ya se logra fama eterna, y se crea un modelo de donde siempre irradia potencia para creaciones nuevas.

Por eso sentimos, al recordar este personaje intachable, una especie de confortamiento que nos mueve hacia adelante, y un deseo de cumplir como él cumplió, con toda nuestra misión presente, misión que es distinta y acaso más compleja; pero que sólo podrá cumplirse, lo mismo ahora que antes, con desinterés, pasión, verdad; ni egoísmo, ni tibieza, ni mentira; nada de eso tuvieron los reformadores, y la generación que ambiciona igualarlos, deberá tener presentes esas mismas virtudes fundamentales antes que ningún otro propósito, y antes que ningún otro credo.

Sin desinterés ni franqueza, sin entusiasmo y sin pasión noble, no seremos ni liberales ni socialistas, ni podrá esta época que tanto merece, porque tanto ha sufrido, titularse heredera de La Reforma. Sin embargo, es lo que urge conseguir: ligar esta revolución nuestra con la revolución de nuestros padres, poner una gran lápida de olvido sobre los cuarenta años del despotismo que vino a traicionar los principios democráticos, y ponernos a trabajar otra vez en el restablecimiento de las grandes verdades sociales que se proclamaron en La Reforma, ensanchadas en el presente con un programa económico-social que se define cada vez más claro, en todos los pueblos avanzados del mundo.

Sin romper con la historia, sino antes bien apoyándose en lo que tiene ella de mejor, debemos trabajar en el engrandecimiento de un México tan libre y tan justo como lo soñaban los reformadores, y tan dichoso como lo

## La abuela

[RECUERDO]

Se ha quedado en silencio la casa familiar; los niños en el patio dejaron de jugar; el menudo follaje de mirtos y granados, se tiñó de sol último igual que los tejados...

Con sandalias de seda, la noche entra a la [casa; y la plegaria humilde nuestras almas tras- [pasa; vibran en triples golpes las nueve campanas [nadas del Angelus sereno; la abuela arrodillada.

En la alcoba que huele a azucenas y rosas, ante el Cristo que evoca su vieja aristocracia, —traído de Guatemala en época dudosa—,

se persigna en silencio, luego con devoción, su voz dulce y amada comienza la oración: «¡Dios te salve María, llena eres de gracia...!»

CÁRLOS LUIS SÁENZ

Heredia—II—923.